

Cuerpos migrantes: experiencias de mujeres bolivianas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Maya Neyrot Bernal¹

«Dicen que si sos boliviana, sos horrible. Si sos paraguaya, colombiana, sos temible (...). La policía te para por portación de rostro» (Malena D' Alessio, 2017).

Resumen

Esta ponencia presenta parte de una investigación mayor, iniciada el año 2014, y aborda las trayectorias laborales de jóvenes migrantes en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). El trabajo muestra las representaciones de mujeres bolivianas entre 20 y 35 años que migraron a esta ciudad los últimos ocho años, en busca de mejores condiciones de vida. La mayor parte de las entrevistas corresponde a obreras que trabajaron en talleres textiles. Asimismo, se presenta las percepciones de patronales talleristas y personas de nacionalidad argentina, que no están vinculadas necesariamente a la rama textil, con el fin de ver el tejido de representaciones en cuanto al cuerpo migrante de las mujeres bolivianas en Buenos Aires. A partir de estas representaciones, se analiza el disciplinamiento de los cuerpos en espacios laborales y en espacios públicos, las reflexiones, los acuerdos, los desacuerdos y las resistencias en casos de discriminación en espacios públicos y violación de derechos en el espacio laboral. Estas problemáticas tienen que ver con la nacionalidad, el género y la clase social de las mujeres migrantes.

Palabras clave: Migración, disciplinamiento, mujeres bolivianas, talleres textiles y condiciones laborales.

1. Introducción

La migración es un fenómeno constitutivo de la República Argentina, desde su fundación. A partir de 1870, el Estado asumió la estrategia agroexportadora basada en la afluencia de capital y la mano extranjera (Novick, 1997: 86). Desde los gobiernos de aquella época se discutía la importancia de la migración europea para el fortalecimiento del desarrollo nacional. De esta manera, Juan Bautista Alberdi, autor intelectual de la Constitución Política de 1853, sostenía: «¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de

Europa y de los Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí» (1964: 50).

El ideal de los beneficios de la migración europea, pese a que atravesó discriminación y xenofobia, hoy fortalece el sentimiento nacional. Frente a esta mirada de orgullo nacional, se encuentra la migración de países limítrofes, estigmatizada y menospreciada por diferentes sectores de la sociedad argentina. Este flujo migratorio proviene principalmente de la República del Paraguay y del Estado Plurinacional de Bolivia.

¹ La autora es maestranda en «Estudios Latinoamericanos del Trabajo» de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Correo electrónico: mayaneyrot@gmail.com.

El Censo Nacional de Población y Vivienda de la República Argentina, llevado a cabo el año 2010, registró 345.272 personas de origen boliviano, de las cuales 173.779 son mujeres. La mayor parte de la población femenina migrante, que suma a 139.926 personas, se concentra en un rango etario de actividad económica, es decir, entre los 15 y 64 años. Los principales nichos de inserción laboral femenina son el comercio, el servicio doméstico y la industria manufacturera.

Los estudios migratorios anteriormente analizaban la migración femenina bajo el lente doméstico, es decir, por motivos matrimoniales o reunificación familiar (Bastia, 2009: 71). Recién en la cuarta parte final del siglo XX se realizaron estudios sobre el rol de la mujer en los procesos migratorios, de manera diferenciada a la trayectoria masculina (Magliano, 2007a: 444).

En términos sociales, el Mapa Nacional de la Discriminación, elaborado por el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), identifica a la población boliviana como la más discriminada en la República Argentina (Mouratian, 2013: 85). Esta exclusión se origina en la racialización de las relaciones de clase, conformadas de manera histórica en el confinamiento y subordinación de la población nativa desde la Colonia hasta la actualidad y donde las relaciones de clase se disponen en una dialéctica con las formas culturales, de manera que se establecen códigos que naturalizan las jerarquías del hombre blanco, el que es considerado superior al indio, al mestizo y al afrodescendiente. Estas formas culturales se visibilizan cotidianamente en las diferencias estéticas y morales (Margulis, 1999: 47-48)². Respecto a las mujeres, las condiciones de vulnerabilidad se incrementan debido a su procedencia étnica, su situación migratoria, su pertenencia de clase y al hecho de ser mujeres, quedando en situaciones de mayor exclusión social y vulnerabilidad (Magliano, 2007b: 42).

En 2001, ante la crisis socioeconómica que atravesaba Argentina, diferentes políticos afirmaron que la falta de empleo se debía a la población migrante proveniente de países limítrofes. Tales declaraciones incrementaron las prácticas de racismo y discriminación. En Buenos Aires se visibilizó la situación de las mujeres migrantes, en enero de 2001, con el asesinato de Marcelina Meneses y su bebé. Marcelina de origen boliviano viajaba en un tren rumbo al hospital con su hijo en la espalda y bolsos en las manos, caminó hacia la puerta para salir cuando el tren parara; en ese momento, un hombre la interceptó y le reclamó por qué no se fijaba al caminar, otro hombre saltó en defensa de ella y un tercer hombre recriminó la conducta del que la defendía, alegando que los bolivianos les quitaban el trabajo; acto seguido, Marcelina fue empujada con su hijo del tren, ambos fallecieron (Paredes, 2019).

El homicidio de Marcelina es un ejemplo de los grados de violencia que puede sufrir una mujer migrante boliviana en el espacio público. Esta vulneración no cambia en los ámbitos laborales, concretamente abordaré la situación en los talleres textiles. Para ello, considero importante presentar un breve resumen de las trayectorias laborales de mujeres bolivianas entre los 19 y 59 años, cuya actividad laboral es la confección de indumentaria, estas trayectorias las recogí desde el año 2014.

Todas las entrevistadas comenzaron trabajando en talleres textiles y en un gran porcentaje lograron migrar gracias a las redes de migrantes anteriores que actualmente tienen talleres en Argentina y que contratan mano de obra boliviana. El contacto con estas redes puede ser gracias a amistades, a familiares y en otros casos por medio de agencias laborales que reclutan mano de obra en Bolivia para llevarla al país vecino. En todos los casos, el costo del pasaje, el hospedaje y la comida son cubiertos en una primera etapa por el dueño del taller a cambio de los salarios, por ello los primeros meses de trabajo no son remunerados. La persona que accede a este

² La raza no se refiere a un proceso biológico, sino a una categoría históricamente conformada (Segato, 2007: 67).

trato afronta una realidad diferente a la que le prometen antes del viaje. Frecuentemente, quienes viajan por medio de un familiar o por relaciones de amistad, consideran que el vínculo y el campo afectivo, garantizaría de alguna manera mejores condiciones para el viaje, sin embargo, la situación es distinta.

Los talleres textiles no requieren solamente mano de obra con experiencia, por lo general, quienes viajan por primera vez para trabajar en este rubro no tienen la capacitación para manejar las máquinas de costura. Por ello, el primer trabajo suele ser el de ayudante de costura, cuyas funciones varían de acuerdo al taller y al género. Existen talleres de diferentes tipos: algunos ofrecen hospedaje y comida y otros solo funcionan como espacio laboral en determinados horarios. En los talleres que albergan al personal, las tareas de cuidado se incrementan a las actividades del ayudante; si la ayudante es mujer, además de sus funciones en el taller, deberá cumplir algunas actividades domésticas para la patronal: el cuidado de los hijos, la limpieza, la preparación de alimentos, etc. Estas labores no son reconocidas económicamente, ya que se las cuenta como parte de sus funciones o atribuciones por ser mujer.

En el caso de las costureras y ayudantes que migraron con su pareja, las labores domésticas conforman las asimetrías con las que se enfrentan. En las entrevistas, todas aquellas que migraron con pareja e hijos narraban la falta de tiempo por la extensa jornada laboral, sumada a las tareas del cuidado familiar: aseo y quehaceres de sus hijos, reuniones escolares, entre otras actividades que desempeñaban únicamente ellas, reduciendo aún más sus horas de descanso. Mariana, una costurera de 19 años, relata que termina de trabajar a las 11 de la noche, inmediatamente revisa las tareas de sus hijas y se va a dormir, se levanta a las 5 de la mañana para preparar la comida, las levanta, las prepara para la escuela y luego las lleva. Su marido, quien también trabaja en el taller, no se hace cargo de ninguna de las responsabilidades mencionadas, todo recae en Mariana. Al igual que ella, las entrevistadas

señalan la sobrecarga laboral que comprende las jornadas del taller y las responsabilidades del cuidado familiar.

A esto se suma que no existe un plazo para que las y los migrantes trabajen sin remuneración con el fin de cubrir los costos de sus pasajes, hospedaje y comida. Tal situación origina abusos de la patronal que so pretexto de la deuda expropián más plusvalía. Las jornadas laborales extensas, la falta de salario y otras condiciones como el hacinamiento, me llevaron a preguntarme: ¿cuáles son los mecanismos para que la disciplina del taller funcione en beneficio de la patronal?

Durante la primera etapa del trabajo de campo, llamó mi atención que en diferentes espacios se identificaba a la población boliviana como trabajadora. En mi caso, al ser migrante, era frecuente que gente argentina me preguntara mi nacionalidad y acto seguido señalara que la población boliviana era muy trabajadora. En las entrevistas³ a migrantes surgía el mismo discurso, todos los relatos rescataban que la población boliviana era trabajadora y que por eso habían conseguido un trabajo en el taller o que contrataban mano de obra boliviana, porque era más trabajadora. Sin importar el espacio, existía un discurso que enlazaba la migración boliviana con la mano de obra y sus características. En la primera entrevista a Luis, un muchacho de 24 años de origen cochabambino que trabajaba como ayudante de costura, le pregunté: ¿por qué él creía que la misma población boliviana insistía en el tema de ser una migración trabajadora? A lo que él respondió: «El paisa⁴ es así, o te dicen negro de mierda o eres trabajador. El paisa prefiere que le digan trabajador, aunque eso implique que le rompan el lomo por dos mangos» (Luis, 2014).

3 Antes de realizar las entrevistas, pregunté a cada persona si deseaba que su nombre apareciera en la redacción del documento o si prefería el anonimato. Las y los entrevistados expresaron que preferían el anonimato, por ello los nombres presentados han sido cambiados y carecen de apellidos para respetar la privacidad solicitada.

4 Paisa o paisano son adjetivos que se usan entre la población migrante para referirse a aquellos que tienen el mismo origen.

A partir de las palabras de Luis, comencé a indagar más sobre el condicionamiento entre ser trabajador o ser discriminado por el origen o el color de piel. En el siguiente apartado describiré las percepciones encontradas de las mujeres migrantes y otros sujetos acerca de la relación discriminación, racismo y trabajo.

Mis hijas decidieron asimilar la forma de hablar de acá y vestirse como las niñas de acá para evitar que las identifiquen como bolivianas (Juana, 2015).

Ser una boliviana trabajadora adquiere múltiples significados dependiendo del contexto y las condiciones. Comenzaré mencionando sus implicancias frente a la discriminación y al racismo, luego abordaré estas implicancias en los espacios laborales de confección. Si bien a los bolivianos también se les atribuye ser trabajadores, mi foco de atención son las mujeres porque ellas entrelazan su jornada laboral con las tareas de cuidado. Los hombres entrevistados consideran el trabajo del cuidado como un tema secundario, en tanto que las mujeres entretejen el tema laboral y las tareas del cuidado como parte de sus responsabilidades, tal situación profundiza las desigualdades. Por esta razón entrevisté a mujeres con proyectos maternos en curso, con hijas e hijos y en un gran porcentaje a casadas.

La raza y el género se edifican de manera histórica sobre el cuerpo y permiten un orden social en el que se establecen cualidades culturales, económicas, sociales, políticas y psicológicas (Lagarde, 1996: 51), estas generan disciplinamiento sobre los cuerpos y al mismo tiempo poseen «una dimensión productora de sentidos, con un papel activo y transformador en la vida social» (Citro, 2009: 12).

La estigmatización de los cuerpos migrantes de países limítrofes en la ciudad se marca en el espacio público y en los medios de comunicación. De acuerdo a la nacionalidad operan los estigmas que vinculan a la población migrante sudamericana

con crímenes, narcotráfico, entre otras actividades ilícitas. Estos discursos coloniales y hegemónicos no exceptúan ni siquiera a la migración trabajadora, ya que alegan que ellos ingresan al país a robar el trabajo de la población nativa. Por consiguiente, estos cuerpos construidos en la esfera pública están constantemente en acuerdos, disputas y negociaciones con otros cuerpos, y desde ahí producen mecanismos de resistencia.

2. Espacio público y encuentro con otras poblaciones migrantes

Estábamos en una cita, primera vez que salía con alguien aquí. Comimos y luego estábamos yendo al Parque Avellaneda, se nos acercaron unos chorros, nos robaron todo, no respetaron ni su reloj. Así pasa siempre, si eres de Bolivia te roban; si eres de otro lado, como Perú, no te roban tanto porque puede ser que seas alguien relacionado a ese mundo (Florencia, 2015).

A mi hija le he dicho que no se ofenda cuando le digan bolita, porque nosotros trabajamos, no venimos a robar ni hacer narco (Mariela, 2014).

Las mujeres que son madres, además de encargarse de la adaptación al taller de costura, acompañan el proceso de inserción escolar de sus hijas e hijos. Ezequiel Conde (2014), miembro de la Fundación Alameda, en una entrevista, resaltó que la mujer boliviana, cuando vive con sus hijas e hijos en el taller, no negocia el tema de la educación e impone que la patronal respete este derecho. En paralelo, acompaña el proceso de adaptación a la escuela y con ellos el racismo y discriminación que surgen en este espacio por el simple motivo del lugar de nacimiento.

En una entrevista a Yamila (2016), una ayudante de costura, me contó que antes de trabajar en el taller, estudió la secundaria en Buenos Aires y que una de las problemáticas que más le dolía era el trato a estudiantes de origen boliviano o de padres bolivianos y cuya piel era considerada muy oscura; por estos

motivos, eran sujetos de burlas, golpes y otras formas de violencia. En el caso de Yamila, ella sentía pasar desapercibida por su color de piel, al mismo tiempo sus papás le habían dicho que si alguien le decía que se fuera a su país, ella respondiera que «sus papás trabajaban, que no le roban a nadie nada, al igual que todos los que van de Bolivia».

En una sociedad en la que los medios de comunicación impulsan la exclusión, la violencia y la estigmatización, la población migrante acude a mecanismos de resistencia, planteando estrategias y acciones de autoafirmación (Parra, 2020: 123). Estas estrategias se pueden ver en el folclore, los ballets, campeonatos deportivos, pero también en las esferas laborales.

Resaltar que la población boliviana es trabajadora plantea un diálogo de autoreconocimiento y reconocimiento frente a otras colectividades migrantes, que en algunos casos recae en otras estigmatizaciones. Para ejemplificar, y luego analizar esta estrategia de defensa, recurriré al testimonio de una joven costurera, Amalia (2016), quien dijo: «yo les digo a mis hijos que no tienen que sentir vergüenza, nosotros laburamos y gracias a ello sus familias pueden vestir. En cambio, las otras familias de extranjeros, como los paraguayos, ¿a qué vienen? A robar».

Al igual que Amalia, muchas mujeres resaltan su rol de trabajadoras, esta es su trinchera de resistencia contra la discriminación, el racismo y la estigmatización de la migración boliviana; y a la vez, toman parte del discurso hegemónico que estigmatiza a las migraciones de otros países, es decir, se genera una disputa y al mismo tiempo interiorizan la estigmatización del discurso hegemónico frente a las poblaciones migrantes paraguayas, peruanas y otras. Sin embargo, también existen mujeres que atraviesan procesos reflexivos distintos y logran confraternizar con las otras poblaciones migrantes más allá del origen étnico, y lo hacen desde el reconocimiento mutuo de situaciones de exclusión, racismo y

estigmatización, desde ahí elaboran estrategias conjuntas. Resultado de este encuentro se han tejido redes solidarias de mujeres migrantes en torno a sus problemáticas comunes: las diferencias laborales, las tareas del cuidado, la maternidad y la violencia de género.

3. Boliviana trabajadora al interior del taller textil

Existen talleres que otorgan hospedaje y comida para las y los costureros y para sus familias. En otros casos, el trabajador ingresa al taller cumpliendo con un horario que varía de acuerdo al tipo de contrato, la demanda y el avance de cada contrato. La jornada laboral también depende del tipo de pago que suele ser por prenda cosida, esto condiciona a que los costureros y costureras se sobrecarguen para obtener más dinero. Este mecanismo de disciplinamiento condiciona a que los trabajadores interioricen metas altas y abandonen la perspectiva colectiva de los estándares salariales. De este modo, se fortalece la individualidad bajo la consigna de que quien se esfuerza más consigue más salario. Esta situación es completamente asimétrica por las tareas del cuidado, que en general están a cargo de las mujeres, entonces sin importar que tanto el padre y la madre trabajen en el mismo taller, bajo las mismas condiciones laborales, la mujer siempre dispone de menos tiempo para mejorar sus expectativas económicas.

Para completar el panorama, retomaré con mayor detenimiento el caso de los talleres que ofrecen hospedaje y comida, donde además del trabajo de confección, se añaden las tareas de cocina y otros cuidados por el modo de convivencia. En algunos talleres existen cocineras que se encargan de preparar los alimentos, y en otros el rol de la cocina recae en alguna trabajadora del taller, que puede ser la ayudante de costura. Incluso hay talleres en los que las tareas del cuidado de la familia del dueño del taller quedan a cargo de una ayudante.

Las jornadas laborales tienden a ser extensas y finalizan aproximadamente a las 23:00, en el caso de las mujeres, la jornada comienza antes y finaliza mucho después que la de los hombres por las tareas del cuidado de sus familias. En la mañana la preparación para la escuela y en la noche la revisión de las tareas escolares, el seguimiento y acompañamiento de las actividades encargadas en la escuela a las y los niños, entre otras.

De igual modo, las mujeres solteras suelen apoyar a familiares que viven en el mismo taller y en muchas ocasiones se hacen cargo de las tareas de cuidado de los padres cuando están fuera del horario laboral. Estos cuidados no implican necesariamente el encuentro físico, sino el envío de remesas, el acompañamiento mediante llamadas telefónicas, entre otras.

En las entrevistas a mujeres y hombres surgían con frecuencia los siguientes problemas: pagos retrasados, pagos por debajo de lo establecido en el Convenio Colectivo, condiciones laborales deficientes como la infraestructura, y en el caso de la población migrante que llega por primera vez no reciben ningún pago los primeros meses porque deben cubrir el dinero que otorgó el tallerista por el pasaje, hospedaje y comida. Otra problemática es la salud, puesto que muchos talleristas niegan la atención sanitaria aduciendo que la policía podría llamar a Migración para deportarlos o que en el mismo hospital el personal de salud les negaría la atención y podrían dar parte a Migración para expulsarlos del país. Tales circunstancias no ocurren de la manera que plantean los dueños de los talleres, ya que el acceso a la salud es universal. Me ha tocado observar en la sala de emergencias de un hospital la atención médica a población extranjera que no contaba con ninguna documentación, y si bien existen casos de personas que enfrentan problemas en la atención médica, no son de las dimensiones que mencionan los talleristas.

Ante este escenario laboral adverso, me propuse entender uno de los mecanismos de disciplinamiento que existe para que todo

lo descrito tenga lugar sin consecuencias inmediatas. Las entrevistas que dilucidan esta situación son las de Jorge y Juana.

No me pagaba a tiempo, a veces ni completo; pero me decía: lo bueno de nosotros, los bolivianos, no venimos a robar sino a trabajar, somos un orgullo. Yo inflaba el pecho y seguía trabajando, ya no reclamaba el salario. El tallerista es vivo, se da cuenta que vas a reclamar y te llena el orgullo para que no reclames (Jorge, 2018).

Yo estaba por reclamarle a la dueña que me pague, porque mi marido y yo trabajábamos ahí y los dos sin plata para las chicas. Entonces lo que hacía la dueña del taller era reunirnos a todos, decimos que lo que le gustaba de trabajar con nosotros es que no somos flojos, a diferencia de sus paisanos (la dueña de este taller era argentina). Nos decía que el boliviano es honrado y laborador, nosotros llenos de orgullo ya no reclamábamos, sentíamos que reconocía como somos; pero no, luego faltaba la plata (Juana, 2014).

Así como opera el estigma de que la migración de países limítrofes es perjudicial para el país, al interior del taller se generan situaciones donde la patronal logra mayor plusvalía usando el discurso que aparentemente reconoce el trabajo de la población boliviana. Los discursos de disciplinamiento se asientan en una supuesta valoración, donde se reconfigura lo que conlleva ser una «población trabajadora». Como ya indiqué, el trabajo a destajo sobrecarga las jornadas laborales por el salario y por el reconocimiento del trabajo que desempeñan como migrantes, aunque fuera del marco de sus derechos. Por un lado, para obtener más ingresos, trabajan más horas; pero, en contraposición, al estar en contextos de alta exclusión, racismo, discriminación y estigmatización reciben mensajes de la patronal que pide ver por encima de sus derechos laborales, y demostrar las virtudes de la mano de obra boliviana.

Bajo esta premisa, en la entrevista de Juana (2014), se advierte cómo la patronal juega con las percepciones de la mano de obra argentina, la cual por exigir mayores derechos es catalogada como floja. Este mecanismo usa la afirmación «ser población trabajadora» como excusa para vulnerar derechos laborales y también provoca disputas entre trabajadores. La población boliviana entre los 50 años que entrevisté consideraban que los argentinos no trabajan lo suficiente, en comparación con los bolivianos que son capaces de auto exigirse jornadas largas para vivir mejor.

En el caso de las mujeres entrevistadas, que vivían en Argentina entre 3 y 5 años, encontré procesos reflexivos interesantes sobre la concepción de ser bolivianas trabajadoras. Para empezar, ellas identificaban la desigualdad de condiciones para ganar dinero porque el tiempo que ellas emplean en el cuidado, no era el mismo que el de sus esposos o de sus compañeros del taller. El hecho de ser mujeres, en muchas ocasiones, les implicaba automáticamente asumir las tareas de cuidado dentro el taller, por ejemplo, la preparación de la comida para todo el taller. Y si la patronal tenía problemas de cuidado, lo solucionaba recurriendo frecuentemente a las ayudantes que son mujeres jóvenes, a quienes les asignaban tareas que no competían directamente con sus funciones en el taller.

Otro punto que surgió en las entrevistas fue el hecho de no poder cumplir con los cuidados de sus hijos como ellas esperaban por su extensa jornada laboral. Usualmente, ellas despertaban a las 5:00 am, preparaban a sus hijas e hijos para ir a la escuela y comenzaban su jornada en el taller a las 7:30. En algunos casos, este tiempo limitado provocaba recriminaciones familiares por no poder llegar a tiempo a la escuela o porque se consideraba que no destinaban suficiente tiempo a la crianza de sus hijos. Las jornadas se agudizan más cuando las mujeres mantienen solas sus hogares. El resultado de esta situación de estrés y de falta de tiempo son los problemas de salud mental como la depresión y la ansiedad, entre otros.

El siguiente punto que identifiqué en las entrevistas fue que al salir del primer taller y encontrar trabajo en otros talleres con mejores condiciones e incluso accediendo a un puesto en alguna fábrica con todos los derechos reconocidos por ley, surgía la reflexión sobre los peligros que podía conllevar el discurso de la población boliviana trabajadora. A título de ser bolivianas trabajadoras, las migrantes se autoimponían una lucha contra la discriminación y el racismo, esta situación acababa siendo aprovechada por los dueños de varios talleres para violar sus derechos laborales. Al mismo tiempo que producían un sentimiento de desprecio por las personas trabajadoras argentinas, las que en general exigen mejores condiciones laborales que las personas migrantes. De este modo emerge la percepción de una clase obrera «floja» frente a «la trabajadora» que, en los procesos de lucha por derechos, creaba disputas. Luego de haber adquirido cierta experiencia, un segmento de las entrevistadas reconocía que ese discurso de la flojera argentina fue usado solo para evitar que ellas, como migrantes, no exijan mejores condiciones laborales.

4. Conclusiones

Aunque esta ponencia se enmarca en una investigación mayor que actualmente está en curso, a partir de lo expuesto, apuntaré algunas conclusiones que considero oportunas. Primero, la estigmatización, el racismo y la xenofobia, problemas urgentes de las agendas migrantes, han originado mecanismos de resistencia. La población boliviana hace frente a la exclusión en espacios públicos y contrarresta el discurso hegemónico que estigmatiza a la migración de países limítrofes relacionándolas con el narco y/o el crimen, resaltando que los bolivianos son una población trabajadora.

En cuanto a las mujeres, al ser cuerpos que se encargan del cuidado y que sufren las desigualdades de género, ellas consideran importante estos mecanismos de resistencia. Las madres, además de pasar su proceso migratorio, acompañan el de sus familias, concretamente el de sus hijas e hijos que son

atacados por su origen. En consecuencia, resaltar a la población boliviana como trabajadora es un mecanismo de defensa frente a la sociedad argentina, pero también demuestra cómo se autoidentifican frente a otras poblaciones migrantes.

En los talleres textiles ser una población trabajadora implica un análisis de este discurso como dispositivo de disciplina. La estigmatización, el racismo y la discriminación son recuperadas por muchas patronales para supuestamente reconocer el valor del trabajo de la población boliviana; sin embargo, vacían el contenido de este reconocimiento y lo usan como dispositivo de disciplina para apropiarse de mayor plusvalía. Al mismo tiempo, a partir de las situaciones de exclusión y estigmatización crean un opuesto que puede ser el enemigo, que sería la clase obrera nativa, la cual es catalogada como floja porque exige mejores condiciones laborales. De este modo, el supuesto reconocimiento implica un discurso disciplinador que carga en las espaldas de las costureras y costureros

el orgullo nacional, privándoles de sus derechos laborales. En el caso de las mujeres, además de las condiciones desiguales que supone ser migrante, se suma la carga de las tareas de cuidado de sus familias y, en algunos casos, las de la patronal o del taller. Ser mujer trabajadora, implica un juego discursivo que resalta esta cualidad positiva frente a una sociedad racista, discriminadora, patriarcal. Aunque la patronal insiste diariamente con este discurso de disciplina, emergen procesos de ruptura, sobre todo cuando la persona migrante conoce mejor el mercado laboral, suscitando dissentimientos.

Finalmente, me parece importante señalar que las patronales enuncian este discurso de reconocimiento para justificar las condiciones laborales de las y los costureros. Y detrás de este sistema vale la pena señalar el rol de las grandes marcas de ropas que al terciarizar (subcontratar) su producción en estos talleres, obtienen beneficios a costa de las condiciones laborales de la población migrante.

Bibliografía

ALBERDI, Juan Bautista. 1964. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Volumen 6. Biblioteca Cervantes Virtual.

BASTIA, Tanja. 2009. La feminización de la migración transnacional y su potencial emancipatorio. En: *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*: 104, 67-77.

CITRO, Silvia. 2009. *Cuerpos significantes: travesía de una etnografía dialéctica*. Biblos, Buenos Aires, Argentina.

D'ALESSIO, Malena y VALDEZ, La Delio. 2017. *La Delio Valdez & Malena D'aleccio. Cumbión en el Teatro de Flores, Buenos Aires, Argentina, junio 2017*. <https://www.youtube.com/watch?v=ulSDxMZWCGc> (consultado el 20 de agosto de 2019).

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA. 2010. *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas*. <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-18-78%20> (consultado el 20 de mayo de 2020).

LAGARDE, Marcela. 1996. La multidimensionalidad de la categoría género y del feminismo. En: *Metodología para los estudios de género*. Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma de México. México.

LE BRETON, David. 2011. *Anthropologie du corps et modernité*. Presses universitaires de France.

MAGLIANO, María José. 2007a. Migración y género: La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina en la segunda mitad del siglo XX. En: *Cuadernos del Sur. Historia*, (35-36), 441-467.

-----, 2007b. Migración de mujeres bolivianas hacia Argentina: cambios y continuidades en las relaciones de género. En: *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*. Les Cahiers ALHIM, N°14.

MARGULIS, Mario. 1999. La racialización de las relaciones de clase. En: *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Biblos. Buenos Aires, Argentina.

MOURATIAN, Pedro. 2013. *Mapa Nacional de la Discriminación 2013*. Buenos Aires, Argentina.

NOVICK, Susana. 1997. Políticas migratorias en la Argentina. En: *Studi Emigrazione*, N° 125: 83-122.

PAREDES, Alejandra. 2019. Marcelina Meneses: símbolo de la mujer migrante. En: *Infobaires24*. <https://infobaires24.com.ar/marcelina-meneses-simbolo-de-la-mujer-migrante/> (consultado el 13 de febrero de 2020).

PARRA, Héctor. 2020. Memorias colectivas y etnicidad en la conformación de identidades estratégicas de la colectividad boliviana en Buenos Aires. En: *Bolivia en Argentina y América*

Latina Trayectorias y políticas migratorias en contextos de plurilocalidad. M. Di Virgilio, A. Díaz y M. Ledo García. Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. Buenos Aires, Argentina. <http://www.imhicihu-conicet.gob.ar/conicet/wpcontent/uploads/2020/06/BoliviaenArgentina.pdf> (consultado el 11 de junio de 2020).

SEGATO, Rita. 2007. Racismo, discriminación y acciones afirmativas: herramientas conceptuales. En: *Educación en ciudadanía intercultural*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; Red Internacional de Estudios Interculturales de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Universidad de la Frontera (Chile).

Entrevistas

Los nombres de los y las entrevistadas fueron cambiados por el acuerdo de consentimiento y condiciones de privacidad. Salvo el caso de Ezequiel Conde, un referente público importante en la lucha por mejores condiciones laborales para el sector de la costura, quien estuvo de acuerdo con la publicación de su nombre.

Amalia, 40 años, costurera. Entrevista realizada el 2 de septiembre de 2016.

Ezequiel Conde, s/e, costurero. Entrevista realizada el 18 de julio de 2014.

Florencia, 28 años, costurera. Entrevista realizada el 10 de abril de 2015.

Jorge, 37 años, costurero. Entrevista realizada el 10 de noviembre de 2018.

Juana, 29 años, costurera. Entrevista realizada el 15 de mayo de 2015.

Luis, 24 años, ayudante de costura. Entrevista realizada el 8 de marzo de 2014.

Mariela, 33 años, costurera. Entrevista realizada el 6 de junio de 2014.

Yamila, s/e, ayudante de costura. Entrevista realizada el 2016.